

maron su nombre las grandes, y de la ciudad de Nola las pequeñas. Se ha hecho uso de las campanas no solo para convocar al pueblo, sino tambien para otros fines más altos. 1º Para alabar á Dios; porque las campanas tienen una voz suave y piadosa, que mueve los corazones hácia Dios. 2º Se tocan en tono lúgubre, cuando mueren los cristianos, para que los vivientes rueguen á Dios por ellos, y recuerden que tambien tienen que morir. 3º Se tocan para disipar las tempestades, porque con este fin han sido consagradas, con las oraciones de la Iglesia, aunque esto no tiene un efecto infalible. 4º Se tocan para excitar la alegría, como lo hacemos cuando celebramos una gran victoria y otras solemnidades. 5º Finalmente se tocan contra las enfermedades tanto espirituales como corporales, como la Iglesia lo pide en sus oraciones, cuyos efectos se contienen en los versos siguientes: *Laudo Deum verum, plebem voco, dissipo ventum, defunctos ploro, pestem fugo, festa decoro.*

ARTÍCULO VI.

De las preparaciones para la misa.

El Ritual romano así habla acerca de esto: *Sacerdos celebraturus..... saltem matutino cum laudibus absoluto, orationi aliquantulum vacet et orationes inferius positas pro temporis opportunitate dicat.* Aquí se vé, que la Iglesia quiere se practiquen dos cosas principalmente, como preparacion para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa; esto es, el rezo de los maitines y la oracion.

En los primeros siglos de la Iglesia, ocurriendo las grandes festividades, los cristianos dividian la noche en cuatro vigiliias de las que cada una comprendia tres horas comenzadas á las seis de la tarde. Se llamaban vigiliias, porque se suponía, que los sacerdotes estaban

despiertos y dedicados á las divinas alabanzas: se llamaban nocturnos porque se cantaban de noche y tambien se les daba el nombre de maitines, porque los laudes venian á terminar al nacimiento de la luz. *Habeant (dice Amalario) tres stationes vigiliarum, per quas ternas horas divisae et exercitatae sunt, et in quarta, oriente lucifero.*

A más de la leccion de los maitines y laudes añade la rúbrica: que el sacerdote se dedique algun tanto á la oracion para que, separado de las cosas de la tierra, aspire á las celestiales. De la falta de esta oracion viene, que muchos sacerdotes celebren de un modo tan indévoto y precipitado, que escandalizan al pueblo, en vez de edificarlo.

Concluida esta preparacion, la que es un símbolo de la interior limpieza del alma y de la que hablamos cuando decimos: *Da, Domine, virtutem manibus meis, ad abstergendam omnem maculam, ut sine pollutione mentis et corporis valeam tibi servire;* procede á lavarse las manos.

Capítulo 2.º

De las ceremonias de la Misa desde el principio hasta el fin.

ARTÍCULO I.

Del principio de la Misa ó signo de la Cruz.

El sacerdote, habiéndose revestido, cubre su cabeza con el bonete, para presentarse ante el pueblo, como ejerciendo alguna autoridad; en su tránsito al altar, lleva el cáliz, puesta la mano derecha sobre él, para que no se caiga alguna cosa. Puesto ante el altar se descubre, hace genuflexion, si hay depósito, ó inclinacion profunda, desplega los corporales, menos la parte anterior, para que no vuele ó se pierda alguna partícula, al tiempo

de besarlo. En el corporal, así estendido, coloca el cáliz para tenerlo á la mano al tiempo del ofertorio. Despues se dirige al libro, lo abre y coloca bien las señales: vuelve despues al medio y de allí desciende fuera de las gradas del altar, para comenzar la misa: reza allí el salmo *judica me Deus*, &c., advirtiendo que todas estas cosas se decian antiguamente en la sacristia, ó viniendo el sacerdote para el altar. El mismo hará las reverencias siguientes. 1^a En la sacristia á la imágen. 2^a Ante la grada del altar, antes de subir á él. 3^a A la cruz, al tiempo de llegar al altar. 4^a Allí antes de ir al libro. 5^a Otra vez en el medio, antes de bajar. 6^a En la grada antes de comenzar la misa. A más de esto hará inclinacion, siempre que se acerque al medio del altar, ó se separe de él. Estas reverencias se fundan en las reglas de la urbanidad, segun las que cuando nos acercamos á un superior ó igual, le hacemos alguna señal de respeto, y tambien el uso comun nos enseña, que la primera vez que nos acerquemos á aquella persona, seamos más corteses que durante la conversacion, y por esto cuando llegamos á la grada hacemos una inclinacion profunda ó genuflexion si hubiere depósito, y durante la misa harémos solo inclinacion de cabeza.

Estando allí el sacerdote, puesta la mano izquierda bajo del pecho, toca físicamente su frente, pecho y uno y otro hombro, diciendo: *In nómine Patris et Filii et Spiritus Sancti, Amen*. Y así debe ser, porque estando obligados á dirigir nuestras obras buenas á Dios, como lo manda el Apóstol, y siendo el Santo Sacrificio de la misa la obra más grande y grata á Dios, que la criatura puede practicar en este mundo, de aquí se infiere que debemos comenzar la misa, invocando á la Stma. Trinidad, esto es, al Padre, que mandó á su Hijo al mundo, el cual con su muerte nos redimió, y al Espíritu Santo, que con la aplicacion de los méritos de Cristo nos ha santificado. La palabra *Amen* se toma de un

modo optativo, cuando se dice en las oraciones, y de un modo asertivo cuando la decimos en el Credo.

El signo de la cruz, que antes se tenia como infame, se hizo venerable desde que fué purpurada con la sangre del Redentor. Con él se armaban los primeros cristianos, como lo refiere Tertuliano; pero lo formaban solo en la frente, mas con el tiempo la Crucesignacion se ha considerado como una profesion de fé, y por esto el sacerdote con el pueblo cristiano, forma un signo más patente, tocándose la frente, el pecho y ambos hombros. A esta rúbrica del misal se agrega una razon moral, porque llevando la mano á la frente confesamos que el Eterno Padre es el principio de la generacion; bajándola al pecho, confesamos que el hijo descendió del seno del Padre, para hacerse hombre en el vientre de una Virgen y llevando la mano del hombro izquierdo al derecho, confesamos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo y que nos ha sacado de la cautividad, significada con el lado siniestro, y nos ha trasladado á la diestra, en donde estarán los bienaventurados, á los que se dirá en el dia supremo: *Benite, benedicti patris mei, possidete paratum vobis regnum*.

ARTÍCULO II.

Del salmo judica me Deus.

El celebrante, habiéndose signado, junta sus manos ante el pecho, para tomar una actitud suplicante: pone el índice de la derecha sobre el de la izquierda, en forma de cruz. Despues del salmo agrega el verso: *Gloria Patri et Filio &c.* inclinando la cabeza. Este verso se cree que fué compuesto por los Apóstoles, porque no encontrándose noticia de su origen ni en los Concilios, se debe aplicar aquí la regla de S. Agustin: *Quod universa tenet Ecclesia nec Conciliis institutum, sed semper retentum est, non nisi auctoritate Apostólica*

traditum rectissime creditur. Este mismo verso: gloria Patri &c. se dice al fin de cada salmo por disposicion del papa S. Dámaso, que vivió en el siglo IV, y sirve para renovar la atencion. La otra parte del verso que dice: Sicut erat in principio et nunc et semper et in sæcula sæculorum, Amen, fué mandado decirse en el Concilio de Baizon en Cataluña del Delfinado celebrado el año de 529, contra los arrianos que decian, que Dios Hijo habia tenido principio y que por lo mismo no era Dios. En seguida se repite la antifona introibo, antifona no es otra cosa que una breve sentencia, que se dice antes y despues del salmo. En las misas del tiempo de pasion y de requiem se omite este salmo, porque contiene pensamientos de alegría, que no convienen á tales misas.

ARTÍCULO III.

Breve explicacion del salmo judica me Deus.

Segun la comun sentencia, este salmo fué compuesto por David, en él describe á una persona desterrada del templo, y de la Sta. Ciudad; que desea con ansia volver á ella; pero quién sea aquella persona, unos dicen que fué el mismo David, quien, huyendo de Saul y de Absalon, vivia en los montes y en tierra de infieles. Otros dicen que aquí se habla del pueblo de Israel cautivo en Babilonia por espacio de setenta años, en tiempo del rey Nabucodonosor, y que deseaba volver á su amada patria Jerusalem. Tambien el celebrante puede aplicarse las sentencias de este salmo: 1º Porque está desterrado de su Patria, que es el cielo, y oprimido de tentaciones y persecuciones. 2º Por aquellas palabras: Viro iniquo et doloso, se entiende el demonio que como leon rujiente lo quiere devorar. 3º Por las palabras monte santo y tabernáculos se entiende el altar á donde vá á subir, ó en un sentido anagógico, los tabernáculos eternos, adonde desea ser elevado.

ARTÍCULO IV.

Del verso adjutorium nostrum hasta el ascenso al altar.

Despues del salmo, ó si se omite, dicho Introibo, agrega el celebrante, signándose la frente, el pecho y los dos hombros, diciendo: Adjutorium nostrum in nómine Domini, confesando en esto que solo Dios puede perdonarlo. Y formando un diálogo con el pueblo, responde el ministro: Qui fecit cælum et terram. Hace luego confesion general de todos sus pecados, se inclina profundamente como el Publicano, sin elevar los ojos al cielo y dice: Me confieso delante de Dios omnipotente y de la Bienaventurada Vírgen María, á cuyo hijo dí muerte en la Cruz, delante de S. Miguel Arcángel, cuyas gracias desprecié, delante de Juan Bautista, Pedro y Pablo y de todos los Santos, á cuyos ejemplos ingrato me porté y delante de vosotros oh! hermanos, á quienes acaso escandalizé; porque he pecado demasiadamente con pensamiento, palabra y obra y esto por mi voluntad, mea culpa, mea máxima culpa etc., ideo precor.....

El pueblo, viendo la afficcion del celebrante y compadecido de él, le contesta diciendo: Misereatur tui omnipotens Deus etc., sigue haciendo su confesion con los mismos sentimientos de penitencia que el sacerdote, y viendo que el pueblo se ha uniformado con él, y que ya forman un solo cuerpo por eso dice: Misereatur nostri omnipotens Deus etc. Indulgentiam absolutionem et remissionem etc., signándose bajo las primeras palabras, porque la indulgentiam significa la extincion parcial de la pena, y la palabra absolutionem la total. Por último, la palabra remissionem significa la limpieza de toda culpa, y añadiendo: Omnipotens et misericors Dominus, confiesa que la justificacion del pecador, es acto de la omnipotencia y de la misericordia de Dios.

Despues el sacerdote, que ya se habia enderezado, se inclina un poco y dice: Deus tu conversus, estõ es apla-

cada tu ira hácia nosotros, nos darás la vida: vivificabis nos, y obtenida tu gracia publicaremos tus alabanzas con alegría, et plebs tua lætabitur in te. Ostende nobis, Domine, misericordiam tuam: esto es, haced manifiesta la infusion de tu gracia por la tranquilidad de nuestra conciencia, á lo què responde el pueblo: Et salutare tuum da nobis, esto es, á Jesus que es nuestra salud. Domine, exaudi orationem meam, et clamor meus ad te veniat; porque es propio del sacerdote, presentar á Dios sus votos y los del pueblo. Despues dice: Dominus vobiscum, abriendo y juntando las manos, cuyas palabras las tomó la Iglesia del Libro de Ruth donde se refiere que, habiéndose acercado á unos segadores el dueño del campo, llamado Booz dijo: Dominus vobiscum, El Señor sea con vosotros, y San Pablo á Timoteo: Cum spiritu tuo.

Habiendo contestado el ministro: Y con tu espíritu, sube el sacerdote al Monte Santo como Moisés, quedando el pueblo á las faldas del mismo, aguardando que les comunique la ley santa y entre tanto dice: Oremus y comienza la oracion: Aufer á nobis, estendiendo y juntando las manos, como para reunir y ofrecer á Dios las oraciones del pueblo. El sacerdote dice en secreto esta oracion, porque en las misas privadas solo él sube al altar y habla en plural diciendo: quæsumus, porque en la misa cantada vá acompañado de los ministros.

Por las palabras: ut ad Sancta Sanctorum puris mereamur mentibus introire, se hace alusion al lugar santísimo del templo de Jerusalem, á donde una sola vez al año entraba el Sumo Sacerdote. La oracion se concluye diciendo: Per Christum Dominum nostrum, Amen, porque Cristo es la fuente de todas las gracias ó como dice San Pedro: No hay otro nombre bajo del cielo, por el qué nos podamos salvar.

Habiendo llegado el celebrante á la mesa del altar, se inclina un poco, pone las manos en él y dice la siguiente oracion: Oramus te, Dómine, per merita Sanctorum

tuorum, quorum reliquiæ hic sunt..... Y en este momento extiende las manos y besa el altar en el medio. Este ósculo se considera como un signo de amor hácia los Santos, cuyas reliquias allí descansan, para obtener su auxilio y proteccion.

Acerca de esto, debemos recordar, que en los primitivos tiempos de la Iglesia, se erigian los altares sobre los sepulcros de los Mártires, y aún despues de la persecucion, se fabricaban los templos en los cementerios; pero multiplicados los templos y altares en todo el mundo, para un recuerdo, se mandó que las reliquias de los santos quedaran embutidas en las aras. Se refiere que San Ambrosio, que vivió en el siglo IV, habiéndosele suplicado que consagrara una Iglesia, respondió: «Faciam, si martyrum reliquias invenero y como encontrara allí los cuerpos de los santos Gervasio y Protasio, consagró la basílica, segun el rito romano.

A la verdad, la Iglesia con esto nos enseña el dogma de la comunión de los Santos, esto es, el comercio que hay entre la Iglesia militante y la triunfante segun lo de San Juan en su Apocalipsis: Vidi subtus altare Dei animas interfectorum.

ARTÍCULO V.

Del Introito.

Concluida la oracion Oramus te etc. el celebrante vá al lado siniestro del altar, advirtiéndole, que antiguamente el lado diestro era el de la Epístola, por corresponder á la mano derecha del sacerdote, pero habiendo sido colocada la imágen de Cristo en el medio, el lado diestro es el del Evangelio, por la imágen de Cristo pendiente en la Cruz.

Al principio el celebrante se signaba al decir el Introito y decia: In nomine Patris etc.; pero en la práctica moderna se omiten las palabras, porque ya se dije-

ron en la grada, y se forma el signo, porque antiguamente aquí comenzaba la misa, pues lo que antecede se decia en la sacristia ó viniendo el sacerdote para el altar. En las misas de requiem formamos el signo de la Cruz sobre el libro, puesta la mano izquierda sobre el altar, diciendo: Requiem æternam etc. como buscando el sacerdote, no tanto para sí, como para los difuntos la bendicion è indulgencia celestial, la qué solo puede venir de los méritos de Cristo crucificado.

El introito y todo lo que sigue hasta el ofertorio, se dice en voz clara, con excepcion del *Munda cor meum*, y *Per evangelica dicta*, porque contienen la instruccion ó votos del pueblo ó la glorificacion de Dios. Despues del introito sigue un verso, que en las misas solémmes excita la alegría ó el espíritu de penitencia, pero en las misas de requiem se canta en tono lúgubre. Despues de esto se añade el *Gloria Patri* etc. para glorificar á la Santísima Trinidad, despues se repite el introito, advirtiendo que el verso festivo *Gloria Patri* se omite en las misas de difuntos.

Si se considera el introito espiritualmente, nos recuerda, los suspiros de los Patriarcas por la venida del Mesias, y por esta razon en tiempo de adviento y acercándose más y más la Natividad del Señor, manifestamos con más ansia nuestros deseos, y decimos: *Rorate cœli désuper et nubes pluant justum, aperiatur terra et germinet Salvatorem*, por eso tambien en la música ponemos notas prolongadas, que se llaman puntillos, y que cuando las cantamos nos falta la voz, y no podemos expresar suficientemente nuestra alegría, porque neque oculus vidit, neque auris audivit, neque in cor hominis ascendit, quæ præparavit Deus iis qui diligunt illum.

ARTÍCULO VI.

De los Kyries.

Habiendo dicho el introito, el sacerdote vuelve al me-

dio del altar, y alternando con el ministro dice: *Kyrie eléison* etc. esta oracion se decia antiguamente en el lado de la epístola en la misa rezada y aún queda todavia un recuerdo por lo que se hace en la misa cantada; pero habiendo sido colocada la imágen del Redentor, es más natural que se diga como ahora se acostumbra. La palabra *Kyrie eléison* es voz griega, que significa lo mismo que *Domine, miserere* y se ha usado de ella tanto en el antiguo como en el nuevo Testamento, la usó Isaías, el ciego de Jericó y los diez leprosos y, supuesto que lo hicieron con fé, humildad y confianza, alcanzaron lo que pedian.

En el principio de la Iglesia no estaba determinado el número de veces que debia decirse esta oracion; pero el rito moderno prescribe tres kyries en honor del Padre, contra las tres miserias del hombre, que son la ignorancia, la culpa y la pena: tres veces *Christe eléison* en honor del Hijo y tres kyries en honor del Espíritu Santo, imitando en todo esto la salmodia de los ángeles, que se dividen en nueve coros. La Liturgia latina ha conservado algunas palabras griegas, como los kyries, y algunas hebreas como *Amen*, *Hosanna*, etc., para darnos á entender que el Sacrificio Santo de la Cruz fué ofrecido por todas las Naciones del mundo, y que todas son llamadas á la participacion del cuerpo y sangre del Redentor. Tambien usa la Iglesia de los idiomas latino, griego y hebreo en memoria y veneracion del título de la Cruz que en ellos estaba escrito: *Jesus Nazarenus Rex Judæorum*.

ARTICULO VII.

Del Himno angélico.

Dicho lo anterior, sigue el *Gloria*, cuando el rito lo permite, y el sacerdote lo dice extendiendo y elevando sus manos, sin pasar de los hombros al decir: *in excelsis*,

despues, bajando las manos, las junta ante el pecho, inclinando la cabeza hácia la Cruz al decir Deo; pero estando el Santísimo expuesto, allá se dirigen las inclinaciones, porque *umbram fugat veritas*. Despues sigue diciendo: *et in terra pax hominibus*, hasta el fin, haciendo inclinacion de cabeza cuando dice las palabras siguientes: *adoramus te..... gracias agimus tibi..... suscipe deprecationem nostram..... Jesu Christe*. El sentido del himno angélico es muy claro, y solo se encuentra alguna dificultad en aquellas palabras: *Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam*, porque la accion de gracias supone un beneficio, de lo que no se habla aquí; pero tratándose de la gloria que Dios adquirió salvando al mundo, dichas palabras hacen este sentido: Te damos gracias porque siendo Dios grande en sí, fué benéfico para el hombre redimiéndolo del pecado. Los ángeles fueron los autores de la primera parte de este himno, cuando segun el Evangelio, cantaron en el nacimiento del Salvador: *Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis*, y lo demás fué compuesto por los Doctores Eclesiásticos. Este himno festivo se dá en la misa, cuando en el oficio se dice *Te Deum laudamus*, y por consiguiente se omite en las misas de vigilia, cuyo oficio se rezó de un modo luctuoso y tambien se omite en las de difuntos; con todo se dice el himno el Juéves Santo y Sábado de Gloria, aunque en el oficio no se dice el *Te Deum*; porque estas misas son solemnes y se celebran con ornamentos blancos. Se dice el himno tambien en todas las misas votivas solemnes, cuando no se cantan éstas con ornamento morado y por último se dá en las votivas de ángeles, en las votivas de B. Virgine María, que se celebran en sábado por antigua costumbre. Antes de pasar adelante advertiremos que antiguamente las sacristías se fabricaban al lado de la Epístola, y de aquí ha venido la costumbre de que, en la misa cantada, el celebrante se sienta de ese lado, supuesto que allí tiene á la mano el

pan, el vino, el incienso y demás necesarios para el Sto. Sacrificio.

ARTÍCULO VIII.

De la salutacion del pueblo y oraciones.

Concluido el himno angélico, cuando tuvo lugar conforme al rito, el celebrante pone las manos sobre el altar, fuera del ara, para no ensuciar los corporales y para que no vuele alguna partícula consagrada, si acaso hubiere, se inclina sin torcer el cuerpo ni la cabeza á ningun lado, y besa el altar dando con esto un signo de amor á Jesucristo. Despues se endereza, junta sus manos, se vuelve al pueblo, con los ojos bajos y extendiendo las manos, de modo que no pasen de los hombros, dice en voz clara: *Dominus vobiscum*. Con cuyas palabras saluda el sacerdote al pueblo deseándole que Dios lo colme de bendiciones, y estando el sacerdote necesitado de estas mismas gracias, el ministro le responde á nombre del pueblo: *Et cum spiritu tuo*. Los obispos en esta parte de la misa en lugar de decir *Dominus vobiscum*, dicen: *Pax vobis*, pero en tiempo de adviento, de cuaresma y otros dias dedicados á la penitencia, omiten el *Pax vobis* y dicen: *Dominus vobiscum* lo mismo que los demás sacerdotes. El celebrante habiendo saludado al pueblo, pasa al lado de la Epístola, é inclina la cabeza hácia la Cruz diciendo: *Oremus*, extendiendo y juntando despues las manos, como dando á entender con esto, que junta los votos del pueblo, para presentarlos á Dios, y por esta razon las oraciones se llaman colectas. Los primitivos cristianos oraban con los brazos extendidos y así lo hacia Moisés, durante una batalla peligrosa; pero la Iglesia, atendiendo á la decencia, manda que se extiendan del modo ya dicho. Si la oracion concluye con estas palabras, *Per Dominum Nostrum J. C.* junta las manos al pronunciar el nombre de